**Domingo 22º del Tiempo Ordinario (A). 03.09.2017: Mateo 16,21-27.**

***“Quítate de mi vista, Pedro. Eres Satanás”* Y yo lo escribo… ¡CONTIGO!**

El relato de Mateo 16,21-27 constata la cerrazón neuronal de Pedro sobre la persona y la misión de Jesús de Nazaret. Podría decir que ’la piedra’ que es Pedro no la lleva éste en los pies a modo de pedestal. La piedra que es Pedro la lleva en su cabeza en la que es imposible que penetre la imagen de un Jesús de Nazaret que no sea Mesías y Cristo y Dios. Por eso, aquí, el Evangelista pone en boca de su Jesús estas inolvidables palabras: *“Quítate de mi vista, Satanás”.* Todos cuantos acompañaban a Jesús en aquella tierra de Cesarea de Felipe (Mt 16,13) oyeron con escandalosa nitidez la opinión que Jesús tenía entonces de Pedro.

Idéntico a este mensaje del Jesús de Mateo es el mensaje del Jesús del Evangelista Marcos y que María Magdalena nos ha dejado constatado: *“Mirando Jesús a sus seguidores increpó a Pedro: “Quítate de mi vista, Satanás”* (Marcos 8,31-33). Al narrador del Evangelio de Lucas le debió de parecer escandaloso el reproche que Jesús le regala públicamente a Pedro y se le olvidó conscientemente constatarlo en su relato (Lucas 9,22-27). Para estos tres Evangelistas, este episodio, sucediera como sucediera, tiene lugar en el comienzo de ‘el Camino’ que se inicia en el norte de Galilea y que acabará en Jerusalén.

Este Camino lo recorrió Jesús en multitud de ocasiones y, sobre todo, en los días de la celebración de la fiesta de la pascua de los judíos en Jerusalén. Siempre en primavera. Quiero pensar imaginativamente que esta imagen de ‘el camino´ les ha servido a los Evangelistas para contar y confesar su experiencia de fe y de seguimiento del galileo y laico Jesús que se atrevió a presentarse en Jerusalén para denunciar ante el templo y su sacerdocio el vacío deshumanizador de la llamada y proclamada Ley de Moisés.

En concreto, para este Jesús del Evangelio de Mateo sólo vale, como camino a seguir o anunciar o vivir, aquello que dejó explícito desde su primer discurso: *“Todo cuanto deseéis que os hagan los demás, hacédselo a ellos. Esta es toda la Ley y los Profetas”* (Mateo 7,12). ¿No es éste el camino idóneo para que cada persona llegue a ser ella misma y sienta en cada momento que está viviendo desde su libertad y asumiendo los compromisos que ella desea y no los que desde fuera se le sugieren o se le imponen?

Desde esta manera de ver, pensar y creer empiezo a comprender Mateo 16,24-28. Cuando esto se lee en muchos ámbitos de nuestra eclesialidad se suele comprender más bien al revés: anularse a sí misma como persona, que es semejante a soportar el peso de una cruz que se atreven a decir que se trata de la cruz de Jesús.

Acabo con la invitación a releer despacio Mateo 16,28: “*Os aseguro que algunos de los aquí presentes no morirán sin ver antes a este hijo de hombre venir en su reino”* (o *‘como rey’,* que traducen otros). A esta literalidad se le ha llamado ‘la segunda venida’ de Jesús. La definitiva, la del fin del mundo, ¿para juzgar? Después de tantos siglos, ¿por qué esa venida real de aquel Jesús no ha sucedido? Aquel Jesús de Nazaret, como tú y yo y todos los vivientes, vinimos a la vida una vez cuando nacimos. Y, me lo digo y creo, ¡a esta Vida pertenecemos y en ella perma-necemos! Así lo afirma este Evangelio en Mateo 28,28: *Siempre estoy…* ¿Siempre estamos? ¡Sí!

**Domingo 40º del Evangelio de Marcos (03.09.2017): Marcos 11,12-26.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

Se me ha quedado danzando entre las neuronas una expresión de Marcos 11,11: *“Siendo ya tarde”*. Se trataba del día en el que Jesús de Nazaret había llegado a Jerusalén y había entrado en el Templo. En el único Templo que, desde Salomón y para siempre, tenía aquella religión de los judíos. Este ‘siendo ya tarde’ de la narradora María Magdalena, ¿se refiere a las horas de luz que le quedan al día o a los días de luz que le quedan al Templo o al tiempo de luz que le queda a aquella ciudad? La pregunta y la respuesta están en Marcos 13,1-2.

Después del relato de la entrada en Jerusalén creo que su autora nos relata tres sucesos profundamente interrelacionados. **El primer suceso:** *“Al día siguiente…”* (Mc 11,12-14). Se trata del curiosísimo relato del encuentro de Jesús con una higuera que, ¿era o no era una higuera? El mensaje de ‘*Que nadie coma frutos de ti’, ¿*se refiere a los higos de la higuera o a los frutos de lo que simboliza la higuera?

**El segundo suceso:** *“Llegan a Jerusalén y dentro del Templo empieza a echar fuera a los que vendían y compraban…”*  (Mc 11,15-19). Todos -Jesús y quienes le siguen- llegan al Templo y parece ser que sólo Jesús entra y echa fuera del Templo… Es el suceso en el Templo y del Templo. Un suceso con dos acciones: echar fuera y enseñar. Cuando se leen detenidamente, se descubre que son la misma acción. Echa fuera a quienes han convertido el Templo en una cueva de negocios de bandidos y enseña a identificar a los responsables del negocio de los bandidos. Para este negocio de bandidos no se construyó este Templo ni se plantó ‘esta higuera’ en medio de la inmensa viña que era o debería ser Israel.

**El tercer suceso:** *“A la mañana siguiente vieron la higuera, que estaba seca hasta la raíz…”* (Mc 11,20-26). La higuera del día anterior, higuera sí o higuera no y lo que ella simbolizaba, se había secado en veinticuatro horas hasta las propia raíces. La higuera maldecida se ha secado, constata Pedro. Y este Jesús del que nos habla María Magdalena explica con transparente claridad que esta higuera no es otra cosa que la institución del Templo que ha llegado a ser la cueva del negocio de los bandidos. La higuera es el Templo. Seca ella y seco él. Sin frutos los dos y sin futuro, porque ambos tienen la sequía abrazada a sus raíces.

Ignoro, por no ser especialista, si Jesús de Nazaret en persona dijo en alguna ocasión las palabras de Mc 11,23 que la escritora del relato puso en labios del laico y galileo Jesús. Estas afirmaciones desencadenaron las reacciones que nos permiten identificar y equiparar lo que se está contando de la higuera y del templo. Este Jesús de Nazaret subió al Templo de Jerusalén con las mismas pretensiones con las que se acercó, o se puede acercar una persona, a una higuera sin ser tiempo de higos. Encontrarse con las manos vacías.

Aquella higuera del monte de los Olivos, que crecía junto al camino de Betania a Jerusalén, estaba completamente seca a pesar de su aparente frondosidad. Así mismo se encontraba para este Jesús el Templo de su religión judía y de la Ley de Moisés. Y, ¿no le sucede esto mismo a esta institución que se llama y se cree aún la iglesia de Jesús? ¿Está seca de raíz?

**Carmelo Bueno Heras**